

burguesía. Esta ideología, en principio, no calará en las clases bajas que entonces se identifican con el socialismo o el anarquismo.

Como forma de reforzar la legitimidad de la estructura de poder, los símbolos culturales de la nación adquirieron pronto un aura sagrada; la nación asumió la función de religión secular. Historiadores como Eric Hobsbawm insistieron en los procesos de “invención de la tradición” a cargo de Estados y élites culturales y profetizaba que el nacionalismo sólo duraría hasta que a esas clases populares se les cayera la venda de los ojos. El historiador británico creía, a finales de los ochenta, que el fenómeno nacional tenía sus días contados. En el mundo globalizado, con sus intensos intercambios comunicativos y su mezcla cultural, la identidad nacional no podía ser ya “un vector importante en el desarrollo histórico”. De esta predicción no hace aún veinte años. En tan corto lapso de tiempo, el recrudecimiento de los enfrentamientos étnicos en los Balcanes, el florecimiento de nacionalismos de toda laya en el arrasado solar de la antigua Unión Soviética y los atentados del 11 de septiembre contra las Torres gemelas, no han hecho sino arrojar dudas sobre el optimismo racionalista.

Mucha gente cree en las naciones y se apasiona por ellas. Al ser humano le resulta difícil resistir la tentación de anclar su pobre y finita vida en una identidad que la trascienda. El nacionalismo permite a los individuos olvidar su contingencia, olvidar que son parte del flujo de la historia, que su vida personal es sólo una entre muchas, y ciertamente no la más grandiosa, y que su cultura, la más intrínseca experiencia de sí mismos como seres sociales, no es natural sino inventada. Las naciones no se sostienen desde el punto de vista intelectual, pero son atractivas desde el existencial, como lo son las creencias mágicas o las religiones, mundo al que, en definitiva, pertenece el fenómeno nacional. Como la religión o la familia, la nación es un lazo íntimo, personal, sobre el que no se razona. De ahí que tengan tan escasa utilidad los nuevos estudios que pretendan analizar las doctrinas nacionalistas a la luz de la lógica, que nos expliquen una vez más cuán pobres son sus presupuestos teóricos, o que desenmascaren con datos de hecho las falsedades que acumulan su visión de la historia o sus pretendidas propuestas de recuperación lingüística. Sabemos que todo eso es así. Lo importante es entender por qué, a pesar de todo, tienen tanta fuerza, por qué hay tanta gente dispuesta a creer en esos mitos. Pocas cosas hay más comprensibles que la identificación con el cuerpo, con el nombre, con la lengua, que poseemos desde niños; pocas, más humanas que la necesidad de sentirse protegido por una comunidad, de tener raíces y creer que se comparte hasta una memoria histórica con otros semejantes. La inserción